

## DEL "LIBRO DE MIS VIAJES."

## CUERNAVACA.

«¿Por qué has creado el infierno, Allab? ¿No habían creado ya Chamd?»—exclaman los afghaneses. Yo, imitando á los indígenas de aquella abrasadora comarca, modifíco la frase y digo en buen cristiano:—¿Por qué has creado el infierno, Dios mío? ¿no habías creado Cuernavaca?

Bien sé que puede sudarse más en otras partes; bien sé que el inmenso desierto extendido, como un arco de círculo, entre las islas del Cabo Verde y la gran muralla de la China, el Este y el Norte del Sahara, el pie del Himalaya, el valle del Sagrado Ganges y las estepas sin fin del Atapanistan y la Bukaria, son los hornos de la tierra.

Sé también que sin salir de México podría sufrir la temperatura de Iguala y los chorros de plomo derretido que vierte el sol de Texas. Pero mi carne es flaca, y yo no quiero enflaquecerla más. Para mis pecados pobretones y vulgares, con un infierno como Cuernavaca, basta.

No me arrepiento, sin embargo, de haber venido á este *Sudatorium* con honores de ciudad. Abro el balcón y admiro extasiado el horizonte incomparable de nuestra tierra caliente.

Cuando se baja á Cuernavaca por la rápida cuesta de Huitzilac, este cielo cuyas últimas líneas color de ópalo van á perderse en las montañas donde empieza la gran Sierra del Sur, produce en el ánimo una sensación parecida á la que causa la contemplación del mar en la hora del alba. Hay algo de Mediterráneo en ese azul fiúido.

Es el mar como le soñamos antes de conocerlo, el mar de los dioses griegos, el mar de Anfitrite. En esas ondas se ocultan las sirenas que oyó Ulises. Si de súbito surgiera en esa quieta superficie

una vela latina, sin duda nos parecería un hecho tan común y natural como la aparición de una ave ó de una nube.

La inmensidad es una como Dios. Ya la admiremos en el mar, ya en el desierto, ya en el cielo, produce siempre en nuestro espíritu el mismo sentimiento de dilatación. Por eso, desde el rústico hasta el sabio, todos comparan al desierto con un mar, y ven el cielo como un océano superior, surcado por la góndola de plata.» Este sentimiento no lo determina el color, sino la extensión.

El horizonte que tengo ahora ante mis ojos, puede parecerse al mar que inventa la fantasía; al mar que canta en los versos de Homero; al mar que pintan con vago colorido los pintores *transparentistas*. Pero el mar verdadero no es así. El azul que le damos solo puede encontrarse en ciertas aguas, y en la cinta donde confinan con el cielo. El mar es verde acá, negruzco allí, gris en aquellas vastas lontananzas, aceitoso, pesado y duro en todas partes. Es grave, adusto: es el Titán, insomne, agobiado por un inmenso remordimiento.

En las ondas de azul purísimo, de ópalo fiúido y de ámbar en fusión, que tengo ahora sobre mi cabeza, deben de navegar los ángeles en góndolas de pluma. Si no fuera un absurdo, diría que la mirada siente, al perderse en esas olas de luz, la sensación de bienestar que dan al cuerpo los baños orientales.

\* \* \*

Cuernavaca es la reina de este infierno que se llama la tierra caliente: es Proserpina. Se ha detenido al borde del inmenso caldero como la joven que, encontrando hirviendo el agua de su baño, encoge la pierna que iba ya á sumergir en la ancha tina de alabastro. El vapor del agua en ebullición, se cuaja en su rostro. Es la sultana á quien sumiso esclavó núbio, abanica con plumas de faisán. El esclavo núbio que mueve el abanico de Cuernavaca, es Huitzilac.

Allí está el monte obscuro, coronado de pinos silvestres, pensativo y triste como el esclavo que ama sin esperanza á la mórbida reina del harem. Sus celos se llaman tempestades. Junta las nubes negras, las enreda en las torcidas ramas de sus árboles, las agrupa en terribles escuadrones, y con impulso formidable las arroja sobre el valle. Pero, á poco, su cólera se extingue; el pino enhiesto que pugnó en vano por desenraizarse y correr á la llanura, yace en tierra: los rabiosos alaridos del titán desahogaron su pecho: triste y dócil, sigue el núbio agitando su abanico, mientras duerme en silencio la sultana.

Un pino se alza en la cumbre  
De un monte del Norte helado,  
Sueña. La nieve y el hielo  
Lo envuelven con su sudario.  
Sueña con una palmera  
Que en el Oriente lejano  
Se alza solitaria y triste  
Sobre un peñón abrasado.

\*\*\*

Apartando la vista del frío norte, partamos «de cara al sol,» como el Byron de Núñez de Arce. Antes de examinar la población, miremos á vuelo de pájaro los campos amenísimos que la rodean. Podéis subir á la torre de la vieja iglesia de franciscanos ó al mirador del antiguo palacio de Cortés. Desde la torre tendad la vista hacia el Poniente. Bajo tupidos bosques de guayabos se oculta el caserío desparramado de San Antonio. No pueden verse las casitas. Diríase que están desnudas y que se ocultan pudorosas detrás de los árboles. Solo la iglesia empina su torre por encima de los guayabos, como para mirar si el cazador que sorprendió en su blanca desnudez á las traviesas campesinas, se ha alejado.

Podeis poner la escena de un idilio en ese pintoresco pueblecito. Lo habitarán, sin duda, sucias indias; mas no penseis en los senos colgantes de esas hijas enfermas, de una raza degradada; ni en el rapaz canijo que toma sol, revuelto con los cerdos, en la puerta de su casucha; poblada de labradoras ideales ese lugar poético y tranquilo; allí puede bailar Rosaura al son de alegre tamboril; allí los novios se esconderán tras de la puerta claveteada, mientras el cura pasa, camino de la choza miserable en donde está la viejecita enferma.

Cuando esos árboles estén en fruto, un aroma embriagador se esparcirá en la atmósfera. En ese lugarcillo es sin duda

Donde en lechos y arriates opulentos,  
Que recuerdan las fábulas idalias,  
Asoman con rubor los pensamientos,  
Se esponjan de placer las tristes dalias.

Allí se exclama con Virgilio: *Ofortunatus nimium sua si bona norint agricolae!*

El paisaje que se descubre desde el palacio de Cortés, exige en el artista que se proponga describirlo, el colorido, lleno de sol, de Eugenio Fromentín. Los campos de caña ostentan su verde claro, intenso, deslumbrante, en los últimos planos del paisaje. Parecen

tersos, sin arrugas y sin pliegues, como si gigantes invisibles se entretuvieran en restirarlos durante la noche. En primer término, bosquecillos de plátanos mueven sus largas hojas..... ¡los ceñidores de la rubia Eva! Al Noreste los cerros se aproximan á la ciudad, y al Sur la vista se pierde en la extensión de los campos sembrados, cuyo término apenas se columbra. Los severos bueyes, *las grandes víctimas del Clytumno*, no aparecen en la llanura. Ningún tropiezo encuentra la mirada en el cuadro tranquilo que recorre. Las cimas de las montañas remotas parecen de lapizlázuli. Una cinta de singular y armónico colorido une la tierra y el cielo, por gradación casi insensible de colores.

Inconscientemente, ante el grandioso cuadro que ilumina una luz fuerte, intensa como la que alumbró los paisajes de Claudio Lorena, se recuerdan las grandes perspectivas de la bahía de Nápoles con sus riberas bordadas de naranjos, las montañas de la Apulla, la isla de Caprea y la costa de Pausilypo. El espíritu encuentra el parecido, sin poder precisar en donde está. Un vapor violeta rodea las colinas distantes. El verde claro de aquellos grandes llanos, bebe luz.

¡Cuán grandioso es el espectáculo de la puesta del sol en este sitio! Indecible sentimiento de inquietud se apodera del espíritu. En los montes boscosos, el crepúsculo es trágico. Los árboles cobran vida y voz humanas. Las montañas se calan sus capuchas colosales. El venado huye, y en las ondas del viento suenan las voces y las escobas de las brujas.

Aquí, el crepúsculo es la muerte, sin dolores, de una niña cuya alma se va al cielo. La naturaleza no se ennegrece, se duerme. Dulce melancolía nos rodea con sus gasas, y pensando en la celeridad de la existencia, recordamos el *Carpe diem* de Horacio; el *Te spectem suprema mihi cum venerit hora* de Tibulo, y el admirable *Invalidasque tibi tendes, ken! non, tua, palmas* de Virgilio.

La muerte en este sitio y á tal hora, debe parecernos menos dura. Así murió Sócrates, contemplando la inmensidad del océano en cuyas ondas los rayos del sol poniente iluminaban la popa dorada de la tehoría que regresaba de la isla de Delos, en tanto que bajaban los rebaños de las cimas del Taygetes y el Citeron nadaba en un mar de oro.

¡Cuántas veces pasaría pensativo Hernán Cortés por este mirador de paredes desnudas y anchos arcos! Sentado aquí, podía admirar en todo su esplendor la tierra prometida á su codicia. Y cuando fatigado de ambiciones se entregaba en los brazos del amor, ¿qué sitio más hermoso para desatar voluptuosamente las trenzas negras de la joven india, mientras el valle duerme, el sol se oculta y llena el aire de sonidos metálicos el coro de las chicharras invisibles? La campana que da el toque de oraciones apenas suena.

Las ondas sonoras pasan muy arriba, y el sonido, enervado por el calor y la pereza, cae á plomo. La luna brota, y su claridad amarillenta se difunde en el aire. Blancas nubes simulan en las crestas de los montes diademas de nieve y en el zenit rebaños gigantes. En una noche como esta, escribió acaso Heine estos versos henchidos de paz y de creencia:

De Jesucristo la imagen  
Aparece ante mi vista,  
De blanca túnica suelta  
Va con majestad vestida.  
Es grande como un gigante,  
Y silencioso camina  
Sobre la fecunda tierra  
Y sobre la mar tranquila.  
Toca su cabeza al cielo,  
Con las manos extendidas  
Bendice tierras y mares,  
Y cual corazón que brilla,  
Dentro de su pecho lleva  
El sol que el mundo ilumina:  
Y este corazón ardiente,  
Hogar de amor y de vida,  
Derrama de sus fulgores  
La luz brillante y purísima  
Sobre la fecunda tierra  
Y sobre la mar tranquila.

### TOLUCA.

Toluca no es precisamente hermosa. No la abraza el mar enamorado, ni los bosques bajan ó ascienden para verla; no la vigilan de cerca esos eunucos etiopes que se llaman montes, ni la abanicán, mientras duerme, las esclavas montañas; ninguna gran sombra histórica la habita; ninguna catedral yergue sus torres macizas, ó lanza, á guisa de flechas, sus agujas góticas, en el centro de la plaza. Sobre Cuautla planea, como águila, Morelos; en Puebla, dominando la suntuosa basílica, á su vez dominadora de templos corpulentos que componen su guardia palatina, álzase el Cerro de Guadalupe, porta-estandarte del glorioso pabellón, teñido en púrpura por el sol de Mayo y heraldo de la victoria el 2 de Abril; Querétaro, la triste, la enlutada, semeja el féretro de Maximiliano, ajusticiado

por la República; en Cuernavaca, la naturaleza canta un himno; la cascada de San Antonio entona un salmo, y el aire que viene despedido por los oscuros árboles del Huitzilac, y todavía caliente como la mejilla del siervo recién abofeteado por el amo, habla en voz baja de aventuras y empresas de Cortés, de los sueños románticos del pálido Archiduque, y de las tristezas agóreras, funestas agóreras, de la altiva Carlota; en las *olas altas* de Mazatlán surge la figura gallardísima de aquel aventurero que se llamó Raousset de Boulbón; Tampico parece la amada de los peces, la del hermoso río, la de las náyades desnudas, Guadalajara es andaluza, tiene ojos negros y mantilla blanca, y navaja en la liga para herir á los enemigos de la libertad; Mérida, la opulenta señora del henequén, la ricahembra, tiene su estruendoso, alegre carnaval, como Venecia, y sus grandes poetas como la antigua Florencia; Tlaxcala es una tumba; Guanajuato una mina, la caverna deslumbradora de Aladino; San Luis trabaja con buen humor y primorosamente viste los domingos; Chilpancingo es montaña, la cúspide inaccesible de Guerrero; Monterrey y San Cristóbal son vigías, centinelas avanzados; en Morelia palpita el corazón de la insurgencia; es Veracruz como la gran ventana abierta por donde asoma una linda mujer mirando á Europa, mientras cantan las mandolinas, hierve el Borgoña en las copas, y se oye el ruido de los chorros de oro; Jalapa es jardín; Oaxaca, nido de condores: Toluca es simpática.

¡Y con qué irresistible simpatía! Coquettea la traviesa y ríe de sus enamorados. Su risa de muchacha, cortejada por brillantes legiones de donceles, es la que vemos hecha espuma al pasar por el Monte de las Cruces, la que escuchamos cuando salta el agua en la selvosa cumbre, como nietezuela que retoza en las rodillas del abuelo. Tenemos que llegar á ella subiendo, primero, cual si trepando por el tronco y las ramas de frondoso cedro nos encaramáramos hasta el balcón de la garrida castellana; y, en llegando á la *cima* hay que bajar, así como se arrodilla el trovador ante la dama del alcázar escalado. El prólogo del viaje es tan hermoso como el prólogo de todos los amores. Figura incienso el humo de la locomotora; vestido de novia, cuajado de encajes, la espuma frufuante de las aguas; el cedro, candelabro gigantesco; y catedral, dispuesta para nuestras nupcias, la montaña. Vamos á Toluca aprisa, como se va, cuando mucho se ama, á la casa de la novia. Llegamos, y desde luego nos hechiza el aspecto de la ciudad. No es monumental, no es arcáica; es joven. Tiene la frescura, la sonriente mocedad de una muchacha que sabe ataviarse y vestirse con muselina, con percal, con listones vistosos, con claveles en el pelo. No se la ve rica; se la ve muy bonita. Ningún convento la ensombrece; ninguna iglesia pesada la magulla; toda ella está flamante y nuevecita.

Otras ciudades recuerdan la dominación española, el virreinato:

se ve en ellas más adusta la piedra; más gravadosa la torre; más torvo el muro, apenas alegrado, á trechos, por el azulejo: Toluca es alegre. No podemos llamarla rústica ó campesina. Ostenta flores, pero en el prendido, como doncella hermosa que va al teatro. Gusto europeo y moderno revelan sus construcciones, todas limpias, todas elegantes.

¡Parece imposible que en casas tan alegres vivan personas tan retraídas! ¡Parece imposible que esos zaguanes de labrado cedro, es abran sólo cuando llaman á misa en los templos! Esos balcones de cincelados barandales, están continuamente como tiestos sin flores.

Se compadece el carácter esquivo y hurafío con los tristes case- rones de fábrica española. Por el zaguán casi negro y claveteado que rechina gruñendo, cuando la mohosa y larga llave gira en la cerradura; por el zaguán ancho y alto en el que suenan los golpes del aldabón, como los toques que daba el convidado de piedra á la puerta de Don Juan, puede salir la dueña quintañona, el hidalgo embozado, el libro de misa forrado en pergamino, el manojo de llaves tomadas de orín, y la camándula. Pero de estas casas que traen á la memoria á algunas de las ciudades italianas; de estas que no han oído la *queda* ni visto pasar la ronda, ha de salirse para el teatro, para el baile, con vestido de raso y antifaz de terciopelo. Parece, al verlas tan cerradas, que cuelga de sus barandales, no una es- cala sino un escapulario.

En las poblaciones que podríamos llamar solariegas no resalta el contraste entre las fachadas de las casas y las costumbres de sus moradores tanto como en Toluca. Hay balcones que parecen hechos para estar cerrados, y otros para estar abiertos. El corredor en To- luca es como una terraza florentina. Hasta las macetas, que son por lo común de barro obscuro, allí se acicalan, se visten de fiesta, y se pintan.

Hace frío, es verdad; pero esto da á Toluca nuevo encanto: el pla- cer voluptuoso de abrochar la capota de pieles á una bella adorada cuando sale del baile. Se piensa, al sentir ese frío, en las castañas que brincan, en la Noche Buena que viene, en el villancico, y en la cama que espera como buena esposa. Y ese frío calienta las mejil- las de las toluqueñas, á juzgar por el fresco, encendido color que las hermosea. Pero ¿por qué las impide salir á la calle á la hora en que los luceros asoman para verlas, y no cuando, con húmeda gasa de plata, viene el alba, y está tan fría la campana que llama á mi- sa? ¿Por qué el tápalo y el manto? ¿Por qué tan lindos claveles en el tiesto y no en las negras cabelleras? ¿Son celosos los maridos? ¿Son los tutores como el de Rosina?

¡Canta, Figaro! Entona la serenata, ¡oh bizarro Almaviva!

## JALAPA.

### I.

Me gusta llegar de noche á una ciudad desconocida para mí; to- mar, luego que llego al paradero del ferrocarril, el tranvía ó el coche que han de llevarme hasta mi alojamiento; encerrarme en el cuarto; tenderme en la cama á buena hora, y descansar allí del viaje, libre de importunos, con la botella, de viejo O'Porto en el buró, un buen libro junto á la botella y abierta la aromosa caja de tabacos. En las capitales, en los grandes centros de población, di- fícil, si no imposible, es tal sosiego: la calle nos llama, el bullicio nos provoca, cedemos á las tentaciones de la luz, y echamos á an- dar sin rumbo fijo, como revolotean algunas aves marinas en torno de los faros. En esas ciudades la vida nocturna es intensa, atrae, fascina, tiene hechizos irresistibles de mujer: no así en los pueblos pequeños que se recogen temprano y cuyos faroles de aceite cabe- cean, soñolientos, desde las ocho de la noche.

A Jalapa llegué bastante después del obscurecer; de modo que pude entregarme á la voluptuosidad de adivinarla y de sentirla antes de verla; á ese placer delicado que tanto se parece al de estar, á obscuras, cerca de una hermosa que duerme. Para los que buscan lo exquisito en el sentimiento, nada más atractivo que el misterio. —El placer aumenta en razón directa del trabajo que nos cuesta disfrutarlo, y por lo mismo nos parece más bella la mujer que se recata, y más precioso favor el que nos concede, cuando permite que nuestra mano le alce el velo. La sombra de las capillas, la más espesa todavía de los viejos confesionarios, la celosía cerrada, el tenebroso pasadizo en donde suenan besos de meninas y de pajes; la tortuosa calleja iluminada por el candil de algún retablo, dan á los inimitables «Cuentos de España é Italia,» narrados por Alfredo de Musset, secreto y prestigioso encanto.

Viajando, solemos sufrir grandes desengaños, sobre todo si he- mos leído antes lo que otros escribieron acerca de los parajes que vamos á conocer. En esos libros aparecen el lugar, el campo, el paisaje, la marina, la ciudad, el pueblo, el villorrio, el monumento artístico, no tales como son, sino tal como los *sintió* el tempera- mento del viajero. Así, por ejemplo, el último libro de Paul Bour- get, titulado con tanto acierto «Sensaciones de Italia,» no es, propiamente, una descripción de las ciudades que recorre el viajador, sino la colección de hojas sueltas en que fué fijando algunos de los estados de su alma. No serán así los frescos de Perugino, los del Pintirruccio, no será así Volterra, ni Orvieto, ni la Umbría; no

despertará en todas las mismas ideas, hermosamente tristes, que despertó en Bourget la contemplación de Asís; pero así vió él frescos, pinturas, catedrales y paisajes. La belleza que percibimos es un triángulo cuyas tres líneas componentes son: el objeto mismo, el que lo mira y el instante en que lo mira.

Antes de conocer á Jalapa tal como es, quise volver á verla como la había soñado, como la había visto descrita en prosa y verso; y, arropada en la cama, trasegaba en los desvanes de mi atestada memoria, ya gozoso con el hallazgo de un bonito verso, ya ufano si descubría entre montones de periódicos, atados con groseros balduques, algún artículo de Altamirano, ya tarareando alguna romanza ó villancico de Juan Peza, ó haciendo poderíos por reconstruir lindas estrofas de Roa Bárcena, tramadas por él con esplendentes hilos de damasco y descosidas en mi recuerdo por el tiempo, que manosea y desgarrá todo. ¿Son de Roa estos versos?

Dé cuanto he visto no hay cosa  
Que así me halague y sonría,  
Como mi ciudad natía,  
Como Jalapa la hermosa?

¿Describió esta hermosa tierra en aquella adorable poesía, tan cándidos como vellón de cordero que sale del baño, titulada: *La Primera Comunión*? En los repliegues de la memoria se me ocultan, riendo de mi torpeza, los traviesos recuerdos; y como no tengo libros á mano para hacer el recuento de los primores que he leído, inspirados por Jalapa, me resigno á dejar que corréte la turba juguetona, sin preguntar á cada chicuelín cómo se llama ni quienes son sus padres, ya que mis viejas, entumecidas piernas, no me permiten dar alcance á esos ágiles versos, siempre mozos. Recordando cree uno á veces estar á orillas de un lago: la onda llega retozona hasta tocar nuestros pies, y tal parece, por lo saltarina, aro de fino acero lanzado por la mano de una niña; mas, al intentar pararla, con sesgo inesperado burla nuestro intento, y huye, reidora, de las rocas. Una garza alza el cuello, y se chapuza antes de que nuestra escopeta haya disparado; los peces vestidos de seda y pedrerías, como príncipes de Oriente, hienden el agua, se aproximan airosos á la ribera, pero aunque lleguemos con júbilo á sentir el frescor de sus escamas, escurridizos se nos escapan de las manos.

En ocasiones, una palabra, un lugar, un color, un perfume, así como asusta el tiro de una arma de fuego á los pájaros que se hospedan en el árbol, hacen que bullan nuestras memorias y en bandadas se dispersen. No sabíamos que anidaban en la encina ó el haya de que salieron; las teníamos olvidadas, y casi al punto que

las vemos, desaparecen. Otras veces sucede que la memoria nos devuelve cuerpos de naufragos, ideas, sentimientos que creíamos perdidos para siempre en el oscuro piélago, y que de improviso reaparecen traídos por la marejada. No es posible hacer el inventario de lo que guarda ese caserón de la memoria, lleno de escondrijos, pasadizos, puertas de escape, cómodas con cajones de cien tretas, baúles de doble fondo, bodegas subterráneas, y tapancos polvosos velados por cortinajes de telarañas. Todos los días entran nuevos huéspedes á esa posada, y no sabemos—¡tantos son!—los números de los cuartos que ocupan, ni si en ellos están ó si han salido; pero es de notarse que jamás se ocultan ó pierden para siempre, y cuando menos lo esperábamos, abren las puertas de sus cuartos, salen á encontrarnos, ó de súbito saltan como esos muñecos de goma elástica que, en tres dobleces, guardan algunas cajas de cartón.

Así, mientras reposaba, aparecían, en mi memoria, como á modo de mamparas que, dando paso á la luz, se abren y cierran luego en el corredor de algún hotel, versos, retazos de oriental prosa, inspirados por Jalapa. Eran como caras de viejos conocidos, cuyos nombres recordaba con esfuerzo, si recordarlos podía. Algo de Don Pepe Esteva, algo de Roa, algo del Maestro Prieto, una pincelada esplendente de Nacho Altamirano, una serenata de Bablot, una cavatina de Peza; y, todo junto, la Jalapa de la poesía, la Jalapa que *sintieron* y me hicieron sentir artistas próceres. ¿Sería así, tan cuajada de flores, tan rica de color? ¿La envolvería la neblina como blanca mantilla de andaluza? Ella dormía con sosiego de madre joven, cuyos sanos y hermosos hijos ya están soñando con golosinas, besos y juguetes. La oía dormir y la esperaba. El alba iba á alumbrar su primera sonrisa.

Interin Jalapa despertaba, entregábame al placer de sentirme fuera de la ciudad gomosa, que con tenazas de pulpo nos aprieta. Esta sensación de alivio y descanso es la que experimentamos al salir de las estufas que chorrean sudor en el baño turco y recibir la ducha de agua tibia. Ya estoy lejos..... ¿Lejos de qué? ¡Tal vez de mí! Un muelle entorpecimiento de los sentidos, un sueño de todo el cuerpo, algo así como que se *hace el muerto* en el río de la vida, es lo que uno siente. Respiramos con libertad, el aire nos pesa menos; una desconocida que, por breves instantes, se parece á la dicha, nos sonrío. Ah! Mañana no repicará la campanilla del portón; mañana dará el alba cuando yo haya descansado; mañana veré algo hermoso, lo no visto aún..... que es lo único hermoso.

Precisamente, mientras venía el sueño mentiroso á hablar conmigo, hojeaba uno de los últimos libros de Guy de Maupassant: *Sur l'eau*. De los últimos..... sí..... ¡tal vez no escriba otros! Y en ese libro hallaba el análisis de mi propio estado de alma. Ya